

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Chatarra

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

el paseo | narrativa

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Daniel Ruiz

Chatarra

PRÓLOGO Y DIBUJOS
del autor

el paseo, 2023

© Daniel Ruiz García, 1997-2023

© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2023

www.elpaseoeditorial.com

Colección NARRATIVA | serie {OPERA PRIMA}

1.ª edición en El Paseo: marzo de 2023

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL

Cubiertas: Jesús Alés (www.sputnix.es)

Corrección: Manuel Gregorio González

Impresión y encuadernación: XXXX

I.S.B.N. 978-84-19188-25-0

DEPÓSITO LEGAL: SE-XXX-2023

CÓDIGO THEMA: FBA

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

Contenido

Prólogo 9

Chatarra

1	21
2	24
3	27
4	33
5	38
6	42
7	46
8	52
9	58
10	62
11	69
12	75
13	80
14	85
15	91
16	95
17	99
18	102
19	105

20
21
22
23

110
115
120
127

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Prólogo

RECUERDO AQUEL TIEMPO como en una especie de bruma. Entonces tenía 19 años, había iniciado hacía poco la carrera de Periodismo con escasa convicción y en general en mi vida existían muy pocas certezas, aparte de mi querencia por la cerveza, el gusto por la lectura y, sí, ya también, mi aspiración de convertirme en escritor. Porque es algo que siempre estuvo ahí, realmente desde tiempo antes: en el verano de los 16 años, me encerraba a diario en el garaje de la vivienda familiar, donde mi padre había construido una especie de rudimentario despacho, con el objetivo firme de escribir una novela. Llegó el fin del verano y la concluí: más de 200 folios, saturados de lugares comunes, diálogos abucharantes, ingenuidad, faltas ortográficas y bastante insolencia. Acabaron, claro, en la papelera, pero me demostraron que, a costa de ser pesado, tenía en mis manos la capacidad de construir una historia larga.

A los 19 había ganado ya algunos premios de relatos, en el bachillerato y universitarios, pero el cuerpo me pedía escribir algo más extenso. *Chatarra* surgió como de la nada, realmente como un impulso, una frase de inicio que te avasalla y que te pide más: «Menudo corrió el Martinico, flechado hacia el pueblo, despavorido como iba, ni que hubiese visto a la mismísima de Regla». En todos los casos ha ocurrido así, la primera frase de una novela es la que lo inicia todo, la que abre el

camino y te obliga a seguir contando. Solo tenía esa frase, pero al escribirla, como una hemorragia, de una sentada, vino el primer capítulo.

Como una hemorragia: así recuerdo la escritura de *Chatarra*. Una escritura torrencial, salvaje, absolutamente indomeñable. Una vez que tuve el primer capítulo, solo existía una certeza: una niña muerta había aparecido en un río. No había más planificación que esa, el argumento se fue construyendo casi solo, igual que los personajes. Es algo que muy poca gente se cree cuando les hablo de *Chatarra*; muchos de los que la han leído siempre creyeron que todo estaba apuntalado sobre una estructura rígida muy bien definida, pero nada más lejos de la realidad. Supongo que el tono concentrado de los capítulos, el dibujo tan marcado de los personajes y la tendencia a la acción es lo que produce esa sensación. Así ha sido más o menos casi siempre: trabajo con esquemas argumentales, pero siempre son ligeros, flexibles. De este modo evito que las exigencias de la trama taponen los posibles afluentes que la espontaneidad o el instinto proponen a lo largo de la historia.

Escribía en mi habitación, escribía en el salón familiar cuando no había nadie; escribía por la mañana temprano, de madrugada, también por la noche. A esas alturas sabía que haberme matriculado en Periodismo había sido un error —aún hoy sigo bastante convencido de ello—, pero la biblioteca de la antigua Facultad de Ciencias de la Información de Sevilla, en el edificio de Gonzalo Bilbao, era una bendición. Me saltaba las ridículas clases de profesores que te enseñaban en los albores del siglo XXI a manejar un tipómetro, y me enfrascaba en la escritura de la novela entre las paredes de aquella biblioteca.

Fueron, los recuerdo así, meses febriles. *Chatarra* iba cogiendo cuerpo y por primera vez, desde mis aturdidos ini-

zurda. Se trata, pues, más bien de un capricho; espero que los lectores sean benevolentes con esta decisión.

Han pasado más de 25 años desde aquella primera edición. Y el escritor que soy mira al escritor que fui con cierta extrañeza, por momentos con condescendencia, pero también, por qué no decirlo, con admiración. A pesar de todo, no cambiaría ni una coma de todo lo escrito en todo este tiempo. Ha sido un camino difícil, pero la dificultad no deja de ser la misma que cuando empecé: al principio el folio siempre está en blanco. Lo que tengo muy claro es que no habría podido llegar hasta aquí sin el apoyo terco, silencioso y constante de Espe, mi mujer, a quien van dedicados todos los libros que escribo.

A *Chatarra* le debo buena parte de lo que soy como escritor. A las circunstancias en que fue escrito, al modo en que abordé el texto, a la tremenda resaca que me dejó, que duró toda una década, y que reforzó mi fuerza de voluntad hasta hacerla de piedra, a la enseñanza que extraje de toda aquella experiencia. En 2023, después de más de media docena de novelas, algunos premios y cierto reconocimiento, la enseñanza principal permanece intacta: en la escritura no hay línea de meta, es una perpetua carrera de fondo que solo acaba cuando la parca te alcanza.

DANIEL RUIZ
Enero de 2023

Chatarra

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Yo pegué un tiro al aire,
cayó en la arena.
Confianza en el hombre
nunca la tengas.

(Alegría)

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

MENUDO CORRIÓ EL Martinico, flechado hacia el pueblo, despavorido como iba, ni que hubiese visto a la mismísima de Regla. Ay madre mía, ay madre mía, mira que pasarme a mí, lo hubierais visto al Martinico, el hijo de la Sole, la camisa por fuera, manchada de barro y de quién sabe qué, mira que te lo digo y nada, Martinico, tú dale que dale, y el Martinico corriendo, también los panas sucios para variar, dos grandes rodilleras concienzudamente fabricadas a base de verdina y mugre, lamparones de San Fernando. Pues menudo era él, a ver quién le gana corriendo a gatas, ni Fermín ni el Mendrugo ni el Tíbur, ese sí que aguanta pocas pelotas, mucho palique y mucho subir la cabeza en el Valle, delante de la Toñi y la Cani y todas las del Santa María, y ahora míralo, anda que sí, anda que me ibas a ganar tú, vas listo; venga, levanta, que ya son las dos y me voy para casa, esta tarde tras la merienda, tras el bollo y el chocolate, claro que sí, te gano otra vez, ya verás, y el Martinico que agarra la senda, la de los zarzales que sale al cementerio, por la noche vaya miedo pero ahora bah, andando y silbando y pensando, cómo te he dado Tíbur, chulea otra vez, que al fútbol muy bien pero a rastras no hay un dios que me gane en el pueblo, ni en Valera tampoco, está

claro. Agarra un arbusto seco y le quita las hojas, lo desnuda concienzudo como quien pela una mandarina, silba, Tíbur, Tíbur, cacho marica. Va pensando en la tarde, que se prepare el Tiburcio; después un latigazo le sacude el pecho: su madre, sentada, esperando, niño, dónde has estado, el humo de la sopa cada vez más débil, el pan, la jarra de agua; aprieta el paso, Martín, que ya te vale con lo de los novillos, no lo estropees más, verás tu madre. Y con estas llega al riachuelo, besa el borde, lo rodea cuidándose del musgo, de las cañas, de las ranas, raro el riachuelo, con toda la lluvia y tan seco. Va acariciando la orilla, mesa las hierbas y las vinagretas con su lanza recién estrenada; se debate un segundo entre seguir por los labios de la tierra o vadear el charco, hay poca agua; nononó, que mi madre entonces, así que decide seguir por la tierra, a ver si le digo al Mendrugo vamos a por ranas, se gasta un vicio, un día llegó a clase con un saco de ranas, soltó una en Historia y a doña Lola por poco le da algo, ja ja ja, casi nos morimos de la risa.

Y entonces como que mira hacia el riachuelo, hacia el charco de agua sucia; y entonces como que ve algo que flota, algo raro, no es madera; y entonces como que un vientre pálido que unos piecillos que una muerta muerta muerta. Sí, porque no es un perro, eso es seguro, no es un perro ni un burro, es una niña, el sol castigando su piel, morada como el ojo del Vicente la vez que mentó a mi abuela; es una niña, desnuda, me acerco, lentamente, mil púas castigando al Martinico, un puño en la garganta, sí sí sí, es una niña, es la Irene, es la Irene, no puedo, los ojos abiertos, los ojos abiertos, claro, muerta, no le ciega el sol ni le molesta el agua ni sonrío, voy a correr, aunque ahora no pueda voy a correr enseguida, un sapo croac croac, la Irene, seguro, el riachuelo, el sapo, las piernas, ahora sí, responden,

responden, a correr, a casa, al pueblo, ay madre mía, ay madre mía, desfavorido hacia el pueblo el Martinico, ni que hubiese visto a la virgen de Regla.

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

SE CUIDÓ MUY mucho el Benito, claro que sí, de enterarse de las cuatro palabras que le escupió el Martinico al cruzarse con él en la puerta del cementerio, tan despavorido, tan sin aliento como iba. Un-uerta-el-ria-uelo, qué extraño, este niño, qué ha dicho, el Benito no acertó a encajar las palabras, se quedaron ahí, colgando de lo alto de las tumbas y de las cruces y del pueblo. Qué extraño, se repitió, y volvió a sentarse en la puerta, ahí, bien recogido, guardando los mármoles, contabilizando cada entrada y cada salida como buen portero. Pero ya no estaba tan bien el Benito, el Enterrador, como lo llamaban los hijoputas del Central, verán cualquier día. No se quedó tan bien, el niño, el maldito niño, no tenía buena cara el hijo de la Sole, vaya que no; y así como que medio intrigado medio nervioso se levantó y se sentó y se levantó y volvió a sentarse, hasta que decidió que bueno, que en un par de minutos fuera no iba a pasar nada, además estaba el Sultán, se quedaría en la puerta, menudo era para ser un galgo. Decidido, se remangó la camisa negra y se encaminó calle arriba, a ver adonde la Sole, a ver qué le había dicho el Martinico.

Entonces todo fue como muy rápido, como cuando uno ve amanecer y bosteza y dice cuándo cuándo y amanecer te agarra en una cabezada y ya no está amanecer sino el sol que hace cosquillas en las mejillas, todo fue ligero, mira al Enterra-

dor, mírale subiendo la calle, yo voy a salir a ver qué pasa, ahí arriba se oye jaleo, yo voy contigo, la vecina sale, y la vecina de la vecina sale, y esto parece la vendimia, carajo, qué pasa, qué ha pasado, no sé, es donde la Sole, creo, pues vamos, niña, ya voy, la ropa tendida, el puchero, medio pueblo y sol de invierno caminando calle arriba, tanto tiempo lloviendo y ahora sol, el cielo no hay quien lo entienda, se me han fastidiado todas las lechugas, coño, como en la vendimia, donde la Sole, todos donde la Sole.

El Martinico ha entrado en la casa, y la puerta se ha cerrado con violencia. Ha llegado corriendo, arrastrando la lengua por la acera, desgarrado. Y ha cerrado. Por eso, bueno, nadie ha echado demasiada cuenta al niño gritando, ya sabéis, el Martín, el de siempre, mucho grito, mucho escándalo, las peleas con mi niño. Han pasado unos segundos, las vecinas han esperado y han aprovechado para pedirse algo, por ejemplo, ¿te quedan huevos? Entonces ha salido la Sole, la Sole del brazo del niño, pues mira, pasa algo, sí sí sí, y la Sole ha salido, y calle abajo una multitud se ha agolpado medio desinteresada medio por favor qué pasa, y la Sole en pantuflas del brazo de su niño, sería —el niño aún cansado arf arf—, ha dicho algo a sus vecinas, a las de tienes huevos, algo así como que el niño en el riachuelo una muerta flotando. Y después se ha ido con su niño, se ha ajustado la rebeca, no se ha quitado las pantuflas y se ha marchado hacia arriba, al cuartelillo, se supone. La noticia ha volado, ha serpenteado la Calle Ancha hasta el corrillo, bla bla bla niña bla bla bla muerta bla bla bla qué horror, niña muerta. La hora del almuerzo es una niña muerta ahora, una mueca de cualquier vecina, un murmullo incontenible y hormigueante que se levanta sobre el pueblo como un canto de plegarias en la iglesia. La hora del almuerzo es también la



hora de un siglo, la hora lenta y vacilante de segundos desiguales para las que esperan, ya van a salir las del Santa María, yo me voy a la escuela a recoger a mi niña, yo también, nadie dice pero todos piensan: si no es la tuya puede ser la mía, me echo el chal, apago la lumbre y voy a por ella, ay mi niña, ay mi niña. Y en seguida algunas madres se van al Valle a por sus hijas, yo me la traigo, la agarro de la mano, le doy un beso y para casa. Y los pasos se confunden con el hormigueo de los corrillos que esperan ansiosos la nueva palabra. Y el pueblo entero se convierte en una vieja que hace ganchillo a la puerta de casa.